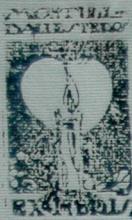


Montevideo, noviembre 16 de 1959.



Mi querido amigo Riccetto:

Toda la vida he aspirado a ser un individuo justo, sereno, normal, capaz de no temer nunca ~~con~~ el juez limpio e implacable que todos llevamos adentro, a quien, amenudo amordazamos y le quebramos el dedo acusatorio, al que se refiere el compañero Quevedo: "No callaré por más..." Ser ponderado, en fin...

Creo en herencia, en la influencia somática y veo, por las entretelas de mi carne y mi alma, - en lucha homérica, - la triste y resignada dulzura de mi madre - con mucho de indio - y a mi genitor, vigoroso, saludable, impulsivo y desaprensivo.

En plena y prístina infancia, en un ambiente idílico, amable y colorido, inconscientemente, asistí a ese drama de una ternura, que escondía las lágrimas y de una plenitud física, indómita, hambrienta de todos los frutos de la vida.

Ella pura, sencilla, analfabeta, leía en su diario y se consolaba a medias en sus mágicas alucinaciones de misas, con los textos abstrusos y aum de incienso y celestia música de órganos asmáticos.

Yo tenía diez años y era positivista intuitivo y creía en los cuentos fantásticos de mi abuelo, pintoresco, lleno de un pasado que olía a leyenda, traducida a una lengua, entre castiza y bárbara.

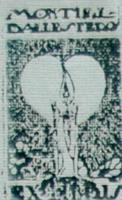
A mi alrededor cantaba y triunfaba la vida, con toda la poesía de la salud y la grosera brutalidad del instinto. Hombres y bestias, peonada cerril y sivienterío de color, se solazaban en una ronda, que no era macabra, como se ve en algunos grabados medievales, donde sin embargo, floreció Poggio Fiorentino, padre de Boccaccio, sino en una alegría sana, de salud sensual y natural.

Algo de eso se me ha vuelto canto y amor a la naturaleza, en lo único que quizás sea válido en mi obra y mucho de eso constituyó el tormento e indudablemente la delicia de mi existencia, sugestionada por algo, sublime y prosaico, ala y barro, sueño y materia y, en conclusión: baja realidad.

He desertado, luego, la más importante cátedra de la universidad de la existencia, en la cual uno puede graduarse de viejo.

En esa materia, pues, no conozco ni la o por redonda, como repiten nuestros paisanos





sin perjuicio de intuirlo en la decadencia o fallas de mi organismo. Es verdad que, lleno de cicatrices y de remiendos, con parches y costurones, aún uso un corazón de mancebo o, mejor, de niño. Siendo -por lo tanto- propenso al lirismo; víctima de la emoción y fácil a la lágrima.

Como un deschavetado, continúo vagando por los laberintos de mi patria natural: los Cerros de Ubeda; me domina un lirismo -de segunda mano, hasta hacerme parecer un poeta- y juego con la fantasía infantil de quien cree en los absurdos descomunales de sus cuentos para párvulos.

Su carta me conmueve al descubrir que nos une un parentesco lúdico y me renueva mi quimera de una República ideal, especie de concilio de poetas, de soñadores, de utópicas salamandras, capaces de vivir sin quemarse en la fragua ardiente de una fraterna sociedad propicia.

Por ahora parece que los dos únicos candidatos que existen disponibles, para integrar ese ideal "paese di Cucagna", son Usted y yo.

Siendo yunta, aunque no tiren!, como comenta, filosóficamente, el gaucho.

Y Usted me invita gentilmente a su casa de la ciudad y a su rancho del campo, que califica de cimarrón!

Y yo he aceptado, especialmente, diríamos exclusivamente, lo relacionado con lo último y con todas las reservas del caso, dada mis miserias físicas, mi deteriorada salud.

Termino de cumplir -¿o empiezo?- mis setenta y tres años y continúo sosteniéndole al viejito Don Dios, que los corderitos negros no tienen rifones, como me enseñó Pedrito Malasarte.

Me supongo que Usted, en sus residencias, disponiendo de maro-la y de yerba, -me refiero ^{a la} "ilex paraguayensis", que concreta uno de mis más eficaces remedios, que es necesario usar con moderación, como se debía hacer con los sueños, que a uno "güelt'a güelta lu empachan!"...

Lo grave del asunto es que yo necesito calor y hay que telegrafiarle a la señorita Primavera si se resuelve a despojarse de su hoja de parra, que creo que es lo único que integra su guardarropa. La curiosidad deriva exclusivamente de la suposición de que cuando ella siente el rigos de la temperatura, se aligerará de indumentos.



Y, otro sí digo:



Ando bordeando no el descubrimiento, sino la creación o aparición, de un EDITOR, de carne y hueso, que me amenaza con un trabajo forzado, de corrección y dar a luz a diez, doce o quince libros, que, parece, se resuelve a editarme en una colección de material, dedicado a la infancia.

En este caso, entre mi magro equipaje, se confundirán camisetas y calcetines y novelas, camisas y piezas teatrales y en una de esas hasta malas intenciones de pedirle a Usted, que opine sobre ellas y me dé sus impresiones o consejos. Una vez más se va a probar que "el que se acuesta con chicos... se expone a ser desvelado o caerse de la cama..."

Peor entretenimiento es jugar a las cartas, robar gallina o proponerse gobernar un paisito como el nuestro...

En su amable carta cordial, lo noto muy joven.

Cuidado, es un peligro eso!

Saludando afectuosamente a los suyos, lo abraza cordialmente

Muntig

H.B.

A más de ser un pésimo dactilógrafo, le escribo mi carta queriendo con uno de mis encantados res metáctos (este tiene casi tres años) sale mi epístola.

